

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia 29 de

Enero de 1891.

Precios de insercion

Barcelona un trimestre ad-
vertido una peseta; fuera de
Barcelona un año, id. 4 pesetas
Extranjero y Ultramar un año
p. 5 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES**Puntos de Suscripcion**

En Lérida, Mayor 81, 2.º
Madrid, Ballesta, 4, principa
En Alicante, Francisco, 2
Imprenta.

SUMARIO.—Elvira —¡Siempre sombras! —Plumas y espuma.—Quiero luz, mucha luz.

ELVIRA.

(CONTINUACION)

IV.

Así pasaron cinco años: Elvira estaba hecha una pollita guapa, elegante, correctamente educada; su salud se había consolidado, sin embargo jamás los colores de la fresca rosa acudieron á sus mejillas y sus grandes ojos pardos estaban siempre velados por profunda tristeza. Era feliz, completamente feliz, hasta los que la rodeaban eran dichosos. Dos hijas del médico se habían casado y ella fué madrina de una preciosa niña á quien puso el nombre de su bienhechora que parecía rejuvenecerse al contacto de la niñez. Todo pues sonreía á la huerfanita; todo lo presente, mas allá en lontananza veía ella un punto negro, punto que se convertía en nube que crecía, se hinchaba, se cargaba de electricidad y estallaba en deshecha tormenta arrollando á todos los que ella quería. Ese denso celage era su padre; ¿cómo no lo había visto mas, cómo no iba él por allí siquiera fuese á pedir? Elvira deseaba con toda su alma que no viniera y al propio tiempo sentía estar ella colocada tan alto y él tan bajo. ¡Ah! si ella hubiera podido hacerlo subir, con cuánto gozo le habría tendido la mano!

Pensando en esto mismo estaba un día detras del mirador cuando vió que un hombre de mala facha se acercaba á la reja del jardín buscando el llamador; reconocerle y plantarse á su lado en dos saltos todo fué uno.

El hombre que no era otro que el luterano la apostrofó así:

—Oye tú mala hija ¿te paice bien que tú comas con cuchara de oro y yo me muera de hambre?

—Padre ¡por Dios!

—No hay Dios que aguante, ingrata, aquí cinco años sin acordarte de tu padre, pero ahora me las pagarás todas, *descatáa*. Le dices á esa tia marquesa que si quiere á la hija ha de querer tambien al padre y que tiene que darme alojamiento aqui como á tí, porque.....

Una oleada de sangre subió al rostro de Elvira: ¡padre, por compasion! exclamó juntando las dos manos.

—¿Qué compasion, ni qué niño muerto; *puñ!*.....

—Padre, yo le daré á V. dinero. Y Elvira rápida como una exhalacion, entró en la casa, cogió una bolsita y la entregó al luterano. Vacióla él y contó doce duros. Soltó un juramento feroz y dijo:

—Gran *reendina*, crees que me voy á contentar con esto mientras tú arrastras coche! Díle á la vieja que ó me tiene en su casa, ó me larga la suficiente *quita pa* hacerme feliz toda la vida.

Volvió la espalda y quedó Elvira mas muerta que viva. Disimuló su mal estar y por la noche cuando fueron de tertulia el médico y su mujer, llamó á esta aparte y con toda la vergüenza de un alma honrada le contó lo ocurrido con su padre. Recomendóle el silencio y tan pronto como pudo lo puso en conocimiento de su marido el cual lo comunicó á la marquesa sin ocultarle la gravedad del caso.

Pues si pide mucho, dijo con abatimiento la excelente señora, me arruina; ya sabes, sobrino, los quebrantos que ha sufrido mi fortuna. Echóse á llorar Elvira y abrazando á su protectora exclamó:

—No des nada abuelita, no des nada, porque siempre te pediré mas. Yo me volveré con mi padre.

—Calla infeliz y ¿qué harías?

—No lo sé, trabajar, ya vendré á verte todos los dias.

Ya arreglaré yo el asunto, dijo el médico. Y en efecto se avistó con el luterano.

Este conocía poco el precio del dinero y declaró que se contentaba con dos mil duros para dejar á su hija en paz. Parecióle la cantidad una ganga á la marquesa y la soltó de muy buena gana, no sin extender ante un notario un documento en toda forma por el cual prohibaba á Elvira, sin que el padre tuviera derecho á reclamarla nunca mas; pues en el tal documento se expresaba su incapacidad para ejercer sus derechos paternos.

Quedó nuevamente restablecida la interrumpida calma y tres años trascurrieron sin dar el luterano señales de vida. La marquesa, que era optimista, estaba bien convencida de que ya no tendria nada que ver con semejante malvado, pero Elvira no las tuvo ya nunca mas consigo y siempre esperaba que de un momento á otro se le pondria su padre de por medio. Estos tres años no ofrecieron mas incidente que el de que un jóven rico y simpático pidiese la mano de la huérfana, mas ella declaró resueltamente que no se casaria mientras viviera su protectora; por ella temia casarse; contaba la desgraciada señora tantas cosas de su yerno que Elvira no quiso darle la compañía de otro hombre, cuyos resultados no se sabía cuales pudieran ser. Además se hallaba tan bien al lado de tan excelente señora, estaban de tal modo identificadas sus dos almas que una y otra se consideraban perfectamente dichosas al vivir juntas y no aspiraban á mas. Y sin embargo existian entre ellas diferencias esencialísimas. La marquesa con sus setenta años y sus desgracias pasadas era como hemos dicho optimista en alto grado. Nuevo doctor Pangloss creía que todo estaba del mejor modo posible en el mejor de los mundos que era la Tierra, que los mismos males que en ella habia no dejaban de redundar en provecho de alguien, por cuyo motivo era locura intentar remediarlos. Socorria bastantes necesidades, pagaba puntualísimamente á sus criados y trataba á sus inferiores con suavidad, pero hacia todo esto sin darse cuenta de ello ni apreciar su importancia.

No habia experimentado mas contrariedades que las morales y creia firmemente que ellas eran las mayores. Elvira en cambio, como habia tocado de todo opinaba que las penas morales si bien muy duras y amargas no eran tan terribles como las necesidades físicas que al fin y al cabo por mínimas que sean no tienen

espera. Creía además que en el hambre de los pobres entraban como causas primordiales la ambición de los industriales y la desidia de los aristócratas. Allí estaba la marquesa que con ser tan buena daba á tontas y á locas sin cuidarse de si con sus limosnas favorecía la pobreza verdaderamente honrada ó fomentaba el vicio. Había tenido con el médico largas conversaciones sobre el particular. Es muy malo el mundo, muy malo y lo es por culpa de todos; si los que tenemos algún bien de fortuna quisiéramos arreglarlo lo arreglaríamos, decía Elvira, pero somos todos unos egoistas ó unos necios. Su viejo amigo admiraba aquella inteligencia clara y recta poseída como pocas de un levantado sentimiento de justicia y después de mucho hablar daba familiarmente un golpecito en la pálida mejilla de la muchacha y le decía: Deja todo eso para los sabios ó para los que el mundo llama locos; rechaza ideas tan pesimistas, no pienses en cosas que no puedes remediar, así envejecerás antes de tiempo ¡qué poco te pareces á mi tia! Si tú la hubieses conocido á sus cuarenta años, era mas jóven que tú á tus diez y ocho. En efecto la anciana y la niña parecían haber trocado los papeles; tal era la una de risueña sin bajeza y grave la otra sin afectación, y apesar de la diferencia de años y de carácter estaban unidas como la perla á la concha porque se amaban y el amor iguala todas las cosas.

V.

Así transcurría la vida plácida y serena para la marquesa, recelosa siempre para su ahijadita por lo que á su padre respectaba, vióle esta rondar una noche alrededor del edificio. No iba solo: un hombre de menos fecha pero quizá de peor facha, le acompañaba y ambos parecían inspeccionar atentamente la casa. Elvira quedó helada. No se atrevió á bajar como la otra vez porque imaginó que su padre no iba con buena intención y le había de parecer mal verse descubierto; y luego la marquesa estaba con ella y ¿qué excusa podía darle para ir al jardín á aquellas horas? La buena señora, muy agena del peligro que la amenazaba hablaba con gran animación de planes para lo porvenir. Hacia muy poco que había anochecido por cuyo motivo y para no interrumpir la conversación no se habían pedido luces, y estaban las dos muy arimaditas: la anciana sentada en una amplísima poltrona y la niña en una sillita descansando sus manos en el regazo de su protectora, pero con la cara pegada al cristal observando las idas y venidas de los dos bandidos. Trajeron luces poco después, corriéronse los postigos y nada mas vió Elvira, pero las maquinaciones de su padre no le dejaban punto de reposo y aun cuando ninguna novedad ofrecieron los dias siguientes, la infeliz se puso pálida, triste y ojerosa. Eso es falta de distracción, decía la abuelita. Ya lo veo, siempre aquí encerrada ¿qué apetito has de tener? Desde mañana vamos á darnos un paseo diariamente y por la noche irás al Real; voy á mandar reformar tus trages que se ponen antiguos sin llevarlos; ¡Vaya! se acabó; no quiero que una polla lleve una vida mongil.

No abuelita, no replicaba Elvira, no me mandes á ningún sitio, yo no tengo mas gusto que estar á tu lado.

No hubo medio de hacerla ir al teatro: al contrario la huérfana no se separaba un momento de su bienhechora; sin duda presentia su espíritu que pronto habría una separación y quería aprovechar los últimos instantes de tan grata compañía.

Diez dias pasaron así. Elvira mas triste que nunca miraba la calle con insistencia; tenía el presentimiento de que su padre vendría y en efecto no se hizo esperar. Antes de que llegase á la reja ya estaba ella en el jardín.

—¡Ola! con que me has visto venir? pues me alegro; pero aquí no se *pué* hablar;

es preciso que seas buena hija y que esta tarde sin que *nai*de lo sepa, te vengas á mi casa; vivo siempre en el mismo lugar. Con que no faltes.

Fuése y Elvira púsose á discurrir los medios de que se valdría para hacer una escapatoria. Sabia que su padre no la llamaba para nada bueno; pero era valiente y queria saber á qué atenerse sobre sus diabólicos planes. Pudo convencer á la marquesa, para que fuera á visitar unas cuantas familias con las cuales estaba en falta y tan pronto como perdió el coche de vista echóse una mantilla y salió corriendo como una desalada; subió en el primer coche que encontró y minutos despues penetraba en la mal oliente casa que durante cuatro años la albergó: ocho hacia que no habia vuelto por allí y sin embargo nada estaba cambiado, las mismas puertas súcias, las mismas covachas hediondas. Al pasar por delante de la vivienda de la seña Amparo, que ya habia muerto como asimismo su hijo, Elvira tuvo para ella un recuerdo de gratitud. ¡Qué diferencia entre la primera vez que subió aquellas escaleras y ahora! Entónces niña chiquita, y enferma desválida, subia con el corazon ligero creyendo que en aquel miserable tugurio apagaría su sed de cariño y la hambre de su estómago y ahora hartó su cuerpo, satisfecho su espíritu, jóven y rica, cada peldaño que atrás dejaba, pesaba sobre su alma como una losa.

¡Qué cruz tan pesada la suya! Entre estas y otras lúgubres reflexiones llegó al cuarto de su padre; él estaba sentado en una silla y ella se dejó caer en el baulito que doce años antes recibió tambien el peso de su exíguo cuerpecito tirado brutalmente por el empleado. Todo lo recordaba Elvira y todo angustiaba su cansado espíritu. El padre fué el primero en hablar.

Así me gusta que seas obediente, que comprendas siempre que yo soy tu padre.

—Diga V. lo que quiere.

—Ya lo diré ¡*puño!* que prisa tienes. Pues que he de querer, *parné.* ¿Te figurabas que dos mil *roños* duros iban á durar la vida perdurable ¡hostia! yo.....

—¿Cuánto le hace falta ahora?

—¡Oh! pues ahora no me quiero dejar estafar ¡*puño!* cuando pienso que por una hembra como tú, solo me dieron dos mil ojos de toro, cuando el rey la quisiera, ¿sabes lo que daría el rey por tí?

—Padre, concluya V. de una vez.

—No me dejaré timar como *denantes*, que ahora tengo quien me aconseja y no hay de por medio un tuno tan largo como aquel ladron de médico. Bien supo hacer su negocio ¡*Corcholis!* cuando pienso que una hembra como.....

—Sobre esta hembra no tiene V. ningun derecho; no lo olvide. He venido aquí para tratar de conciliar las cosas, pero si sus pretensiones son exageradas no habrá medio de arreglarse.

—Pues *pa* que veas que no soy *desagerao* me contento con que esta noche á las doce y media me abras las puertas de la casa.

—¿Y qué pretende V. con eso, preguntó Elvira irguiéndose de espanto ante la inesperada peticion de su padre.

—¡Hostia! pues cobrar lo que se me debe y no me querrán dar. La abuela tiene un collar que está en la familia hace tres ó cuatro siglos: está tasado en veintitres mil duros y como ella no hace nada de él, me lo quiero llevar; ademas sé que os llevaron ayer diez mil blancas; como á vosotras no os han de faltar diez mil amarillas, las recogeré yo y luego si se encuentra alguna plata al paso, como ya me canso de comer con cuchara de madera.....

—Eso es, pues, un robo en toda forma.

—Cállate, deslenguada, aun tratarás de ladron á tu padre, ¿pues qué, la bruja

esa no te tiene en cambio á tí que vales mucho más? El rey.....

—Padre, estoy en su casa, máteme V. si quiere, no le maldeciré, pero lo que V. me pide es imposible; y no bajaré á abrir la puerta.

—¿No has de bajar? *Corcholis!* sí ¡bajarás! como que sería mucho peor!

—¿Qué hará V. si no bajo?

—¿Que haré? pues mira. Yo sé que tú eres heredera de la marquesa. Tengo amigos *honraos* que se interesan por mí; han hecho mirar el *documento* de los dos mil duros y no está en toda regla; tiene puntos *vu..... vulnerables*; yo no estoy incapacitado para ejercer mis derechos paternos como allí se dice y no se prueba. Pues bien sacando á la marquesa de delante, tú te quedas con todo y entonces yo te reclamo. Todo lo tenemos muy bien amasidico; si por medios pacíficos no se consigue nada, la abuela no tarda quince dias en irse al otro barrio. *Miá* tú si te tiene cuenta abrir esta noche; además que seré yo solo el que entrará.

Elvira sintió morir. Sabia que su padre era un estúpido incapaz de discurrir, ni menos de llevar á cabo semejante plan, pero sus palabras denotaban que estaba asociado á individuos que obraban con exquisita prudencia en tan criminal asunto.

¿Cómo disuadirlo? Porque la víctima no iba á ser solo la venerable anciana, sino su propio padre á quien mandaban por delante como una oveja al matadero, mientras que los verdaderos verdugos, se quedaban tras cortina. La desgraciada jóven puso en juego todos los recursos de su elocuencia, para probar esto á su padre, pero nada hay mas terco que la ignorancia y fué imposible convencer aquel entendimiento de ladrillo. Elvira se arrastró á sus piés y juntando las manos en ademan de la mas ardiente súplica, murmuró, ¡piedad, padre, piedad! Mas el luterano carecia de sentido comun y de sentido moral y no se inmutó.

—¡Padre! exclamaba la angelical criatura siempre arrodillada á sus piés y presa de angustias mortales. ¡Padre, hace doce años, cuando aquí me trajeron dijo V. que yo era hija de una mujer que habia querido á V. pues en nombre de mi madre, en nombre de su amor hácia V. no me obligue á cometer tan horroroso crimen. Padre mio, padre de mi corazon, lléveme V. al rey, lléveme al último bandido, haga mercancía de mi cuerpo y cobre sus intereses, haga V. de mí una mujer prostituta si quiere, yo haré todo cuanto V. me mande, todo, menos cometer el mas execrable de los crímenes, el que no comete el mas estúpido de los animales, el de la ingratitud. ¡Padre! ten piedad y misericordia de mí. ¡Oh! yo me muero padre mio, apiádate de mi dolor! Y Elvira regaba con sus lágrimas las rodillas del luterano, besaba sus piés, se abrazaba á él, estaba loca de desesperacion. Si en aquel instante un ángel hubiera venido á la tierra, hubiera llorado al ver la poca ó ninguna justicia que en ella habia; el mas puro candor, la mas excelsa virtud imploraba la compasion del mas perdido de los hombres; mas apesar de no haber en aquella alma ninguna idea noble ni levantada, estaba Elvira tan sublime en su desesperacion que la fiera se iba ablandando; la cera derretia al bronce; la desgraciada jóven siempre llorando concibió alguna vaga esperanza de atraer á su padre á mejores sentimientos, pero cuando ya las súplicas y las lágrimas empezaban á vencerle, se presentó ¡oh fatalidad! un chulo que á juzgar por la familiaridad con que entraba debia de tener uno de los cabos de aquella satánica madeja. Elvira comprendió que todo estaba perdido: levantóse rápidamente. El recién venido hizo una seña de inteligencia al viejo, éste cogió de la falda á su hija y preguntó: ¿bajarás esta noche?

—A las doce y media estará abierta la puerta—contestó Elvira.

—Pero no para perder á un hombre honrado como su padre ¿eh? dijo el rata

Elvira le lanzó una mirada de profundo desprecio y bajó resueltamente la escalera. Había tomado una determinación. Metióse en el coche, llegó al hotel: ya oscurecía; la marquesa no había vuelto, y esto favorecía sus planes. Fué en derecha á su cuarto; examinó el cajón de su mesita de noche; había en él una caja de fósforos; llegóse á la alcoba de su protectora, allí recogió otra caja, pasó por el comedor y se llevó otras dos. Todavía le parecieron pocas. Llamó. Presentóse la camarera. Me siento indispuesta, le dijo Elvira; cuando venga la señora avisar de que me he acostado, traígame una taza de agua caliente y una caja de fósforos por si quiero encender luz. Me voy á desnudar enseguida.

La doncella obedeció puntualísimamente. Trajo el agua calentita, muy bien servida. Colocó una fosforera en la mesilla y se retiró. Elvira entonces echó la llave y se dejó caer en un sillón. Iba á suicidarse. No veía otro medio de salvación. Para salvar á su padre era menester que el robo no se efectuára; si este no se llevaba á cabo era segura la muerte de su adorada bienhechora en un plazo más ó menos lejano. Matándose ella no robaba su padre y no moría la marquesa; puesto que sus bienes solo ella los había de heredar, no habría ya ningún interés en despachar al otro barrio á la anciana señora. Esto respecto de los demás y ahora respecto de ella ¿qué le decía la conciencia? ¿No era gravísimo atentado contra la autoridad divina quitarse la existencia? Al pensar en ello se horrorizaba Elvira. ¿Qué medio había para evitarlo? ¿Delatar á su padre? ¡Imposible! Y bien mirado ¿por qué no había de denunciarlo; qué había hecho su padre por ella sino amargarle la vida? ¿Qué sería además más prudente? relegar á ser tan perdido á un rincón de cárcel ó dejarle suelto por el mundo para que cometiera nuevos delitos? Quizá lo primero fuera mayor cordura que lo segundo; pero ¿era por ventura á su propia hija á quien tocaba juzgar de estas cosas? Es verdad que el luterano era una nulidad en sentido moral é intelectual, mas al fin y al cabo era su padre y ¿era ella quien tenía que reducirlo á inmundo calabozo de infecta prisión? No. Elvira jamás diría una palabra que pudiese comprometer á quien le había dado la existencia. Y sin embargo esta palabra era la única que podía salvar á su madre, á la que menos la vida, todo se lo había dado, amor, riqueza, bienestar, pan espiritual abundantísimo; por tan noble mujer había vivido Elvira de la vida del alma, mas preciosa para ella que la del cuerpo. Y por no perder á un padre ¿perdería á quien depositó en su corazón torrentes de ternura y en su inteligencia rayos de clarísima luz? La desgraciada se volvía loca. Quién la hubiera visto entonces no la habría reconocido, tan demudada estaba su fisonomía. Su palidez era cadavérica, los ojos le saltaban de las órbitas y los rodeaba un círculo tan oscuro que parecía negro; las narices no bastaban á dar paso á su corta y frecuente respiración y se dilataban desmedidamente, los labios estaban secos, agrietados, con las manos crispadas casi como en un ataque nervioso, sostenía su despeinada cabeza que horas antes cualquiera hubiera contemplado como una maravilla. ¡Oh! cuán grande es el corazón humano para el dolor! ¿quién pudiera pintar los horribles, los espantosos padecimientos que atenacearon el espíritu de Elvira, colocado en la más odiosa alternativa de delatar á su padre ó de robarla ó perder á su noble protectora! La infeliz criatura sentía que la cabeza le estallaba, el pecho estaba oprimido y atado como con una cuerda interceptándole la respiración y del corazón parecía como que á cada pensamiento que formulaba le arrancaran un pedazo de carne; experimentaba una sensación extraña, desconocida, cual si esta víscera la tuviera hecha colgajos y no le mandara ya sangre á las extremidades que tenía heladas. Apesar de una descomposición tan horrible en todo su ser, Elvira pensaba aún; lo

único que en ella sentía vivo era el entendimiento y la voluntad. La idea del suicidio la repugnaba; la juzgaba, medíala en toda su extension y tenía la por acto de cobardía, pero en su caso no lo era, decíase, porque los elementos con que tenía que luchar, solo Dios podía vencerlos por un milagro de su omnipotencia. Y si ella no bajaba á abrir la puerta ¿qué sucedería? Las consecuencias serian horribles. No le quedaba mas remedio que morir. Levantóse. ¡Dios mio! exclamó. Tú solo sabes cuales son los limpios de corazon. Protege á mi abuelita, consuélala y no abandones á mi padre.

Acercóse á la taza; el agua estaba casi fria. Cogió unas tijeras, cortó las cabecitas de los fósforos y apretándolas fuertemente entre los dedos, logró deshacerlas. Ni siquiera me queda la última satisfaccion de decir adios á la que ha sido mi madre; escribirle es descubrir á mi padre. Dios mio, perdóname si infrinjo tus leyes. Estos fueron los últimos pensamientos de Elvira; de un sorbo vació el contenido de la taza, abrió la puerta que habia cerrado con llave, dejóla entornada y se acostó en la cama. Sus padecimientos físicos fueron poco pronunciados, al revés de lo que en otros individuos sucede en envenenamientos agudos; su flaca naturaleza estaba casi muerta antes de consumarse el suicidio; la espantosa lucha moral sostenida por aquel espíritu de clarísima inteligencia, de estrecha conciencia y de firme voluntad, habia destrozado la materia fina, delicada, casi etérea como el alma que la animaba.

VI.

La marquesa volvió tarde; bien apesar suyo habíala hecho quedar una familia para que tomara parte en una ligera colacion. Al llegar á su casa estrañóse de que Elvira no saliera á recibirla; pronto supo la causa en cuanto le dijo la doncella que la señorita tenia jaqueca. Despojóse la señora á escape de sus vestiduras y corrió al cuarto de su nietecita; andaba sin luz y con mucho cuidado; cerca ya de ella, débiles gemidos hirieron sus oidos; llamóla y no obteniendo respuesta tentóle la cabeza. Un hedor sofocante de fósforos se esparcía al rededor del tendido cuerpo que estaba húmedo y frio. ¡Luz! ¡luz! gritó la marquesa desesperadamente. Acudieron los criados con velas y candilejas y el mas horroroso espectáculo se ofreció ante los asombrados ojos de todos. Elvira estaba cadavérica y la descomposicion de su semblante metia miedo. Aun vivia! pero cuantos eméticos se le proporcionaron fueron inútiles. La casa se llenó de gente, porque la infeliz anciana loca de terrorífico dolor daba unas voces de ¡socorro! y de asesinos! que alborotaron toda la vecindad. A poco llegó su sobrino el médico: al ver á Elvira se llevó con desesperacion las manos á la cabeza. Era ya tarde. La niña no daba señas de vida. Hubo que acudir á la marquesa que se moria á causa de un síncope tras otro.

A las doce y media todas las puertas del hotel estaban abiertas y allí se personó el juzgado y médicos y vecinos y amigos y parientes. Todos hablaban, nadie se entendia, las mujeres se desmayaban, los criados andaban aturrullados, los vigilantes no atendian, los serenos cercaban la casa y todo en ella era llanto, ruidos y confusion. Antes de dar la media el padre de Elvira acompañado de tres honrados amigos se acercaba al sitio que para él habia de ser Jauja, bien ageno el hombre de lo que en él habia sucedido. Estrañó ver luces adentro y dijo para sí: ¿Si me habrá vendido la santa de mi hija? Los tres compañeros habian quedado á respetable distancia á fin de poner pies en polvorosa segun el resultado del negocio. Receloso el luterano fué andando con cautela hasta llegar al jardin. Situóse

detrás de un espeso ramaje hacía la parte de afuera y oyó la voz del médico que decía:

—Habla desgraciada, habla, ¿quién le ha proporcionado tanto fósforo si había con la mitad para reventar á un toro?

—Ay, señorito, contestaba llorando una voz mujeril; yo le dí una caja porque ella me la pidió, pero yo no sabía que era para matarse, sino ¡ay! ¡ay!... Los sollozos ahogaban las palabras.

—Dí ¿tenía novio la señorita, júralo por tu vida.

—¡Oh! señor, no, no lo tenía, si era un ángel.

—¿Ha venido por aquí su padre?

—Yo no lo conozco, además no he visto á nadie.

—¡Desgraciado, desgraciado de él si ha causado esta muerte! grito el médico con vehemente desesperación; porque lo mataré como á un perro!

El luterano no quiso oír más: deslizóse como una sombra y juntóse con sus compañeros.

—¿Y el collar?

—¡Maldición! me la habeis matado

—¿Qué dice este animal?

—Que me la habeis matado os digo, que se ha envenenado por no abrir la puerta.

No pidieron más explicaciones los tres ratas, escapáronse como alma que lleva el diablo y al verse solo el luterano dejóse caer en el suelo llorando como un niño. El suicidio de su hija despertaba su dormida conciencia; el sentimiento paterno se avivaba en él de un modo desconocido, juzgóse ruin y miserable, vió á Elvira cubierta de la aureola luminosísima del sacrificio; echó una mirada retrospectiva sobre su pasado y recordó á su hija siempre humilde, siempre buena, no profiriendo nunca una queja ante él siempre malo, siempre feroz y desapiadado. La última escena sobre todo le llegaba al alma; ¿cómo no se había conmovido ante un dolor tan sublime y tan intenso? ¡Ah! su hija era un ángel y él un monstruo digno de afrentoso cadalso. Lágrimas de sincero arrepentimiento rodaban por sus encallecidas mejillas, no tan encallecidas aun como su corazón. Al amanecer retiróse á su casa; como todos estaban en el lugar del suceso, nadie lo vió.

Los curiosos esperaban que el asunto haría mucho ruido, pero viéronse chasqueados porque como el hecho pertenecía á la aristocracia se le echó tierra encima y ni los mismos gacetilleros, tan a ligos de chismes y cuentos se atrevieron á decir nada de él. Un mes después murió la marquesa víctima de su intenso disgusto; dejó sus haciendas al médico algun metálico á sus criados y ordenó que el famoso collar se vendiera para repartir su producto entre los pobres. Días después el luterano se personaba en casa del médico: estaba flaco, amarillo, decaído, parecía haber pasado una enfermedad, el infeliz llevaba encima el peso de atroces remordimientos. El sobrino de la difunta lo recibió muy mal, pues abrigaba violentas sospechas de que él había sido autor anónimo de la horrible tragedia de Elvira.

—¿Qué quiere V., preguntóle en tono desabrido.

—Yo, señor, venia á..... á descargar mi conciencia, pero si el señor no quiere escucharme

—Habla, miserable, que ya voy viendo claro.

Entonces el luterano refirió punto por punto, sus proyectos de robar á la marquesa valiéndose de su hija; contó la escena habida entre esta y él y de qué mo-

do supo el suicidio despues. Los sollozos interrumpian su relato á cada momento; el infeliz hubiera dado lástima á cualquiera que no hubiese conocido á la angelical criatura que por él habia muerto de tan violento modo, pero el médico que apreciaba como pocos aquella alma celestial formada por crueles padecimientos, por humilde resignacion y acendrado amor á la verdad, no pudo dejarlo concluir. Crispados los nervios, inyectados en sangre los ojos, loco, furioso de indignacion se abalanzó hácia el criminal gritando ¡infame! has muerto á un ángel y aun vives, vas á morir á mis manos; y diciendo tirolo al suelo y lo ahogaba apretándole fuertemente las manos á la garganta.

¡Papá, papá de mi corazon! no te pierdas por un malvado! Señorito, por Dios que va V. á ir á un presidio y no lo merece este perdido! Luis de mi alma, en nombre de tus hijas, suéltalo! Tal gritaban á una la mujer, los criados y las hijas que al ruido habian acudido.

Soltó la víctima el médico como hombre que reflexiona. El luterano no habia ofrecido resistencia, levantóse algo mas pálido y dijo:

—Señor, yo he venido aquí para que V. hiciera de mí lo que quisiera; si me quiere matar, máteme, no me resistiré, pero yo no merezco por verdugo un hombre bueno como V., á mí me ha de ejecutar un presidiario. Es muy justo que yo muera, pero no es justo que V. se vea en una cárcel por mí. Entrégueme al juez para que me castigue.

Tanta humildad conmovió el sensible corazon del médico. Volvióse á su mujer y á un criado y les dijo:

—Llevaos este hombre á casa de mi hija la mayor y decid á su marido que es necesario que este ciudadano ingrese inmediatamente en San Bernardino, no viendo la calle si no es el dia que entre en el asilo. Yo no me siento con fuerzas para cobijar á este hombre bajo mi techo, ni para hacer diligencia alguna.

Gracias á poderosas influencias el luterano entraba ocho dias despues en el hospicio; no hizo en él mucho gasto: murió muy luego acosado por crueles remordimientos que le proporcionaban de noche terroríficas visiones y de dia no lo dejaban sosegar. Lloraba continuamente y exclamaba sin cesar ¡pobre hija mia! ¡pobre hija mia, era una santa! Esperamos que su arrepentimiento lo encauze pronto en la senda del progreso. En cuanto á Elvira, era tan buena que yo en obsequio suyo os he contado su historia; si creéis que su fin no correspondió á su vida y que se extravió en sus últimos momentos, rogad á Dios por su alma y tened en cuenta el horrible conflicto en que su expiacion la colocó, y ora creáis que su muerte fué un acto de sublime abnegacion, ó una accion digna de reprobarse, cosa que yo no he llegado á dilucidar todavia, pensemos todos que los juicios de Dios son á menudo menos inexorables que los juicios de los hombres, porque juzgan mas las intenciones que las obras y al fin y al cabo, como dijo Elvira, Él solo sabe quienes son los límpios de corazon.

MATILDE RAS.

¡SIEMPRE SOMBRAS!

Un pequeño jardin adornado con algunas flores en donde juegan dos ángeles que el ser me deben, tengo ante mi vista. Aspirando su grato perfume y admirando un hermoso panorama que embellece este sitio pasaría momentos de des-

canso y bienestar, pero al rededor de la cerca que lo cierra distingo tanta ignorancia que llamando muchas veces á mis hijos me retiro diciendo: ¿Cuándo podré vivir en medio de la luz? Veo hombres sentados, unos echados, otros como si descansasen en mullido lecho, mujeres haciendo calceta y sosteniendo conversaciones poco decorosas, niños aprendiendo mucho malo y poco bueno. Todos estos seres son pobres, muy pobres, pero entregados á la holgazaneria, los hombres olvidan su trabajo, las mujeres sus quehaceres domésticos y los niños la escuela. Este cuadro de sombras se presenta muy amenudo ante nosotros y cuando salimos á la calle sombras tambien nos rodean. Vemos muchachos de pocos años que aprovechan el descuido de los carreteros para quitarles puñados de algodón que luego venden á los traperos de ancha conciencia. Mujeres que perdido el pudor hacen gala de sus costumbres licenciosas y no se avergüenzan aun que el hombre les arroje al rostro con repugnantes nombres su carrera de baldon y de ignominia. ¡Desgraciadas! Cuánta lastima nos inspiran estos semblantes palidos y cargados de compostura que niñas aun muchas de ellas no dan valor á la honra de la mujer y que no comprenden que el término de su carrera será el lecho de un hospital y que solas y abandonadas de los mismos que las arrastraron á la perdicion llorarán sus desaciertos sin que una mano amiga enjague sus lágrimas. Porque las compadezco tanto? Será porqué muchas de mis conocidas han caido? Hace poco tiempo que una de estas desgraciadas que abandonó á su esposo é hijo para arrojarse en brazos del vicio pasó á mi lado bajó los ojos y nada me dijo. ¿Pensó le negaria la palabra, ó tal vez comprendió la enorme distancia que nos separa? Esa mujer tiene un poco de todo, quise recordar lo bueno y olvidar lo malo. La detuve le hablé y su rostro se iluminó de alegría. A los pocos dias vino á vernos; explicó la separacion de su marido achacandola no se á que, y quiso hacernos creer que era honrada. Le dimos algun consejo que no siguió y hoy está completamente perdida. No puede negarlo. Un ser se agita en su seno que dificilmente puede saber quien es su padre. ¿Qué será de este infeliz? ¿Qué podrá esperar de una madre que abandona un hijo que nada malo le recuerda? La cuna de la inclusa tal vez recibirá su llanto sin una madre que le lese, sin un padre que le bendiga. ¡Pobrecito!

Recuerdo que siendo muy pequeña mi madre decia amenudo: Querria marchar de esta calle. A qui mi hija nada bueno aprenderé. Logró por fin lo que tanto deseaba. Vivimos algunos años separados de tanto ceno pero ahora vuelve mi existencia á deslizarse en medio de tanta miseria moral y tambien digo como mi madre: Querria salir de aqui. Querria que mis hijos aspirasen un ambiente mas puro. Sombras en todas partes las hay, pero aqui el vicio se exhibe tan feo y repugnante que es dificil ocultarlo á seres inocentes. Cuando sola en mi estancia solo veo la hermosa bóveda que nos cubre, estoy bien, las sombras se desvanecen, la luz ilumina mi espíritu, mi mente concibe ideas de progreso y por medio de él vislumbro aunque lejos la redencion de la mujer.—ANTONIA PAGÉS.

PLUMAS Y ESPUMA.

El azul de un cielo claro,
oro, grana y suave rosa,
combinan la faz hermosa
de la interesante Amparo.

El oro está en su cabello,
el azul claro en sus ojos,
la grana en sus labios rojos,
la rosa en su cutis bello.

Aun no cuenta los diez años
y cautiva su presencia
y su clara inteligencia
tanto á propios como á extraños.

Todo en niña tan discreta,
tiene originalidad;
y en prueba de esta verdad
es amiga de un poeta.

Miradla sinó, con él
cruzar el florido valle,
indicarle algun detalle
y decirle:—Escribe del

Una vez en que una pluma
pasó entre los dos volando,
y un arroyo serqueando,
tejió un encaje de espuma,
quedó Amparo pensativa,
sin decir nada á su amigo;
mas como hablando consigo
murmuraba—¡Qué alta iba!

Y al recuerdo de la pluma
se unió el del agua rizada,
porque añadió ensimismada:
—¡Y cuánto creció la espuma!

El poeta que queria
juzgar á la adolescente,
la interrogó de repente:
—¿De qué hablabas, niña mia?
—¡Ay!—dijo con gracia suma,
de que yo no he de lograr

como las plumas, volar,
ni crecer como la espuma.

El poeta bondadoso
le replicó:—Niña amada,
si eso te trae preocupada,
vuelve á gozar de reposo.

Que alas tiene el pensamiento
del mortal, y la ambicion
crece en nuestro corazon
cual la espuma con el viento.

Mas las plumas van al lodo
cuando la brisa es mas grata;
la espuma se desbarata,
y al punto concluye todo.

Así concluye en la tierra,
la mente mas atrevida,
y en realidad convertida
allí la ambicion se encierra.

Sirva de ejemplo la pluma
entre el lodo sepultada:
sirva el agua encenogada
que antes era blanca espuma.

No les envidies su suerte,
porque estás en igual caso:
¡ay! no dista mas que un paso
del nacimiento, la muerte

Aquí la niña discreta,
le interrumpió conmovida:
—¡Plumas y espuma es la vida;
no lo olvidaré, poeta!

ANGELES LOPEZ DE AYALA

QUIERO LUZ MUCHA LUZ.

—¿Porqué no rezas? ¿Porqué se apagó el fuego que animaba tu semblante cuando de hinojos delante de la Virgen le ofrecias tus oraciones? Será porque estos libros que lees te vuelven ciega y enfrian tu alma?

—No, que á su luz veo claro, y me dan calor sus consejos. No rezo delante de imágenes quebradizas desde que al estudio me entrego, pero mi plegaria hacia Dios es continua, nada la interrumpe, por todas partes veo su obra y le bendigo. ¿Te acuerdas de aquel día que en la cumbre de una montaña viéndome pensativa me dijistes. ¿Que tienes? Oraba. Allí en medio de aquella soledad sin ninguna imagen que con sus vestidos de oro me recordase mundanales vanidades, presentia á Dios y le adoraba, no con estudiadas oraciones aprendidas en el convento, sino elevando mi pensamiento hacia la celeste bóveda tachonada de estrellas unas veces, otras cubiertas de espesa bruma, siempre bella, siempre imponente. Cuando extasiada contemplo las maravillas que se estienden ante mi vista digo ¡Dios existe! pero no el Dios pequeño y mezquino que nos presenta la religion católica sino un Dios todo amor y consuelo que ama por un igual á todas sus criaturas, que no admite á aquel que muriendo rodeado de incienso, y con honras pagadas por sus deudos, solo recuerdos de luto y maldad deja por única huella; pero si á aquel que

muere sin que rutinarias oraciones acompañe su ataúd y que durante su destierro enjugó el llanto del desgraciado y protegiendo el infeliz huérfano dijo. Ven hacia mi pobre niño, yo seré tu padre, yo educaré tu corazón y daré grandeza á tu alma, y á mi ejemplo serás bueno. A este Dios lo quiere, aun que la iglesia le excomulgue y ni que sepultura á su cuerpo.

—En donde has aprendido todo esto? No será en el colegio.—No, que allí solo sombras ví. Séres frios é indiferentes que postrados delante del crucificado, no recuerdan aun que tengan padres, que viejecitos mucren sin el calor de sus besos, sin el aroma de su amor. Allí empecé á desear luz, mucha luz que desvaneciese las sombras que empezaban á oscurecer mi mente. Allí empecé á dudar de la religion de mis mayores, y sin fuerzas para vivir, sin una creencia que guiase mis pasos, busqué busqué con ardor diciendo. ¡Dios mio los hombres te niegan, la religion te insulta, haciendo de ti un ser cruel que no perdona, yo quiero creer y no pertenezco ni á los unos ni á los otros! ¡Quiero que el bien me acerque á ti quiero decir fuera sombras, porque sin luz no hay progreso..

Buscad y encontrareis dijo Cristo. Busqué busqué con afán y el estudio me dió luz iluminando mi espíritu y á sus resplandores me acjó cuando punzantes espinas hieren mi alma.

—Me gusta tu modo de razonar. ¿Puedo leer estos libros?—Sí;—¿Pero no adivinas el nombre de esta luz que alumbrando mi alma da valor á mi cuerpo, para sufrir con resignacion los pesares de la vida?

—No sé. Dilo.

—Se llama. Espiritismo. ¡Ab! Una mirada de compasion sale de tus ojos una sonrisa de desden de tus labios. Las palabras que te parecian buenas han perdido todo su encanto. ¿Sabes por qué? Porque tu vives bien entre sombras. La luz de la razon no puede iluminarte por ahora porque te cegaria, cuando ávida de sus resplandores la busques saldrá á tu paso, y entonces dirás como yo. ¡Bendita seas!

ANTONIA PAGÉS.

Suscripcion permanente para las ancianas Soriano

D. Manuel Navarro Murillo, Trujillo, 11 ptas. 5 cént., Tomás Cerbera, Jabea 2 50 cts. Vizconde Totres Solanot, Barcelona 1 id., El Angel Araceli, Gibraltar, 1 id., Sicilia Mañer, Gibraltar, 1 id., Maria Fernandez Estopa, Gibraltar, 1 id., Ana Estopa, Gibraltar, 50 cént., Dominga Estopa, Gibraltar, 3 pes. 75 cent. Eugenia Estopa, Gibraltar, 1 pes. Arturo Estopa, Gibraltar. 50 cent, T. E. 50 id., José M. Ana, 1 ptas., Centro Espiritista, Gibraltar 2 ptas. 50 cénts., Regina Gollanes, Coruña, 1 peseta, M. San Benito, Guadalajara, 6., Pablo Goday San Carlos Rápita 1 id., T. O. T. Barcelona, 1 id., Salvador Sallés, Madrid 4 id., R. L. Estacion F. Mengibar, 1 id., Julian Gordo, Barcelona, 1 id., Federico Luque id, 1 id., Centro Espiritista, Cuenca, 7 id., Por conducto de Amalia Domingo y Soler, Gracia, 35 id., Ramon Font y Notó S. S. de Noya 2 id. 10 cénts., Vicente Puche, Manzanares 10 id., Por conducto de D. José C. Fernandez, Barcelona 42 ptas. 84 cénts., Manuel Pescador, Zaragoza 18 id.; José Espantaleon, Andújar 50 cénts., Estéban Pastor, Marmolejo 15 pesetas; Ambrosio Chinchilla; Fortuna 2 id.; Miguel J. Ramos Madrid 50, V. de Vacas Andújar 5; Centro Espiritista Tarrasa 2.25

Total 232 pesetas 99 céntimos.